

La sombra del Primado Mariscal se imponía sobre las de los dos hermanos que le flanqueaban. No era una cuestión de tamaño, claro —el Mariscal apenas llegaba al pecho de un enano desgarrado—, sino de autoridad: la del Mariscal pesaba lo suficiente como para acallar los comentarios de tres regimientos de sacerdotes guerreros con solo una firma.

Pero en aquel momento la autoridad del halfling estaba en un segundo plano y toda su atención estaba centrada en mantener el equilibrio sobre un taburete cojo que había visto más batallas que él. Concentrarse no era fácil, pues alrededor de él pululaba un enjambre de pajes, armeros y criados que traían y llevaban las piezas de armadura en la que los dos hermanos Martillo lo embutían a empujones. Normalmente el rito de la panoplia era algo ceremonial y preciso, pero hoy llevaban retraso y los soldados que le flanqueaban habían dejado la delicadeza ritualista de lado para comportarse como un par de herreros que estaban apurando el último turno de la semana.

Descalzo y bañado en sudor, el Mariscal aguantaba estoico cada una de los torpes manotazos de sus soldados. Habría preferido seleccionar a dos halflings para el trabajo, pero el protocolo requería que cada día se seleccionasen hermanos al azar, dejándole pues en esta situación. Para colmo, el espejo en el que se contemplaba era demasiado pequeño y solo le devolvía el reflejo hasta el jubón de las ingles.

—¡Por Tempus, traedme un espejo más grande! —interrumpió el Mariscal, bañado en sudor—. ¡En este solo me veo la ingle!

Una criada se tomó la petición como algo personal e hizo un ademán de asentimiento, retirándose como una vaharada y dejando tras de sí una estela de partículas de polvo que refulgían gracias a la luz que se colaba en la habitación a través de una de las vidrieras. «*Vidrieras. Polvo. Calor. Cuadros. Eso es todo lo que había en esta sala. ¿Piden ayuda a nuestra orden para la guerra pero solo pueden alojarnos en esta pequeña capilla?*», se quejó para sí el Mariscal.

El telón que hacía de puertas para el probador improvisado se apartó para dejar paso a dos criados que traían un nuevo espejo. Sin embargo, con ellos vino una nueva calamidad que añadir a la lista: una figura esbelta y ataviada en sogas rojas se coló cual brisa nocturna por la puerta ahora abierta, deslizándose entre todos los criados, armeros y Martillos. No empujó ni pidió paso, simplemente avanzó y todos se apartaron, como si el aire se hiciese denso a su alrededor.

—Lord Mariscal, lleváis un retraso de seis minutos en vuestras citas del día —dijo la figura, con un tono sibilino. Bastó para que el bullicio se evaporase.

«*Tempus, dame paciencia*», masculló el Mariscal para sus adentros mientras se frotaba las sienes. Abrió los ojos y alzó la mirada, clavándola en espejo. La de Brel ya estaba allí, esperándole. Limpiaba metódicamente sus anteojos de cobre mientras esperaba una respuesta. Su secretario era dedicado, incansable, firme y escrupuloso. Era todo lo que se podía pedir a alguien en su puesto y más. ¿Su único problema? Era demasiado... él. No había momento, ni lugar, en el que el Mariscal no estuviese bombardeado por la intensa personalidad de su subordinado. Tras exactamente tres segundos y medio, el escriba mostró su disconformidad con el silencio, tomándolo como una invitación para presentar el plan del día.

—Dentro de media hora se celebra la primera reunión del consejo de estrategia y esperan vuestra intervención, sin olvidarnos de que aún no habéis bendecido los entrenamientos de esta mañana —recitó el enano, mientras se colocaba los anteojos con gravedad—. Y, por si fuera poco, no estáis armado.

—Hermano escriba —resopló el Mariscal—. Me hallo en un equilibrio precario sobre una banqueta destartalada en una habitación que hierve como un caldero. Si yo puedo deleitar a los presentes con proezas de destreza, estoy seguro de que la visita puede esperar un poco más.

—Sí, mi Primado, comprendo perfectamente la gravedad de la situación en la que os encontráis. Ojalá Tempus nos provea con una solución para vuestras aflicciones. No obstante, vuestra cita de las doce espera. —El enano hizo un *tap tap* en una de las páginas de su tomo, el cual había abierto sin mirar.

—¡Por las mil batallas de Tempus, seguro que la visita puede esperar!

—No, mi Primado, no puede esperar —reprochó el escriba, con el tono que uno reserva para decirle a un niño que no puede comer otra galleta—. Tenéis obligaciones. Como yo, que estoy aquí para recordaros cada una de ellas.

—¿Tengo la obligación de aceptar que un suplicante que apenas ha sido juramentado irrumpa en mis aposentos en la víspera de la campaña de las Marcas Plateadas?

—Sí, mi Primado, tenéis la obligación de aceptar —el escriba carraspeó antes de proseguir — que *“un suplicante que apenas ha sido juramentado irrumpa en...”*

El mariscal captó la mezcla de burla y sumisión perversa en el tono de su escriba e hizo un ademán con la mano para hacer que se callase. Lo consiguió, pero no sin pagar un precio muy alto a cambio, pues en el fragor de la batalla dialéctica su equilibrio le falló. La reacción de los soldados que le flanqueaban evitó que se cayese.

—Sea así, pues. Que el hermano se enfrente a su suerte entonces.

El secretario hizo un chasquido de dedos y gesticuló hacia los dos guardias apostados en la entrada. Ambos se giraron al instante y, de forma precisa y ensayada, comenzaron a marchar de forma ceremonial para escoltar al visitante. La marcha no fue particularmente larga —dos pasos, específicamente— y su brevedad dejó patente que la etiqueta no estaba diseñada para unas habitaciones tan pequeñas como estas.

Los guardias se separaron, revelando al visitante de las doce: un novicio suplicante que había sorteado todo un mar de burocracia eclesiástica para gozar de la oportunidad de una breve audiencia con el Mariscal. Tal nivel de dedicación solo podía significar que deseaba algo con *mucha* intensidad. Eso, o que era otro enano con las aptitudes de su escriba. *«Por favor, que fuese la primera»*.

El halfling hizo los gestos que invocaban el final del rito de panoplia. Los juramentados, criados, armeros, pajes y escribas reverenciaron antes de marcharse de forma rápida y ordenada, como un enjambre de abejas abandonando la colmena en busca de flores menos peligrosas. Flores que, a ser posible, no estuviesen cerca del Mariscal.

Acto seguido, dio un grácil salto desde el taburete, que hizo crujir y tintinear a la coraza que ahora le servía como segunda piel. Al aterrizar su mirada se clavó en el visitante.

Lo que en el umbral parecía decisión se disolvió en balbuceos al encontrarse cara a cara con el Mariscal. El que otrora había tenido un pequeño lapso de dignidad, ahora vestía una recargada armadura fruto del trabajo de un regimiento de artesanos. Su coraza se unía una mirada acerada y un semblante curtido, un conjunto que dejaba claro por qué el Martillo Carmesí le había elevado a su posición.

El Primado se llevó las manos a la espalda y comenzó a caminar en cortos círculos, examinando a su visita como un ave rapaz hambrienta valorando si comerse o no a un ratón de aspecto no particularmente apetitoso. El enano vestía las prendas que le correspondían a su rango: jubón, yelmo y mallas con la espada ardiente de Tempus, si bien estas estaban gastadas y le quedaban grandes en unos sitios y pequeñas en otros. Su pelo color hollín estaba recogido en un moño, mostrando una cara de tez parda que estaba salpicada por la viruela. Una quemadura alquímica coronaba su frente, la cual no era tan mala comparada con su oreja mutilada. Sus ojos, al menos por un momento, mostraron un ápice de astucia que fue suficiente para que la visita no fuese catalogada como un simple obstáculo administrativo.

Visitante, guardias y secretario contemplaban en silencio el ir y venir del Mariscal, quien, tras unos minutos, se encaró a su visitante con tono de veredicto.

—Nombre —ordenó, sin más.

—Grølf, señor —respondió el enano con un hilo de voz—. Tercer batallón, segundo reg—

—El protocolo demanda que vos os refiráis al Mariscal como “Mariscal Primado”, suplicante —interrumpió el escriba, sin alzar la voz.

Grølf carraspeó y se recompuso, evidentemente nervioso y sudando como un cochinito que hubiese estado toda la mañana practicando ejercicios marciales.

—Grølf, señ... Mariscal Primado. Tercer batallón, segundo regimiento.

—Nombre *completo* —respondió el Mariscal, sin molestarse en mirarle.

—Grølf es mi nombre completo, Mariscal Primado —afirmó el enano mientras el escriba asentía silenciosamente—. Hace tiempo que no tengo apellido.

El Mariscal dio la espalda a Grølf y se dirigió a una mesa improvisada en la que se sentó para darle los últimos retoques a los cierres de sus canilleras. La mesa estaba diseñada para los niños de la capilla que les servía de alojamiento temporal y tuvo que hacer las veces de mesa de campaña, dadas las circunstancias.

—Y bien, Grølf. ¿Qué te trae ante mí? Has invocado leyes olvidadas y polvorientas de nuestros protocolos, haciendo valer tu derecho a tener esta audiencia. ¿Qué puede ser tan importante, me pregunto, para que me interrumpas en la víspera de la que va a ser la campaña más grande en la que jamás haya participado la orden militante del Martillo Carmesí?

—Mariscal Primado, solicito formalmente que me envíe al frente. Conozco al enemigo muy bien. Mantenerme en la retaguardia sería un error.

—¿Todo esto por una petición de traslado? Denegado. Gracias por venir, suplicante. Brel, siguiente asunto en la agenda.

—Disculpad, mi Mariscal —interrumpió el secretario—, pero lo que el Hermano Grølf *quería decir* es que solicita el traslado desde intendencia hasta el frente, en concordancia con lo estipulado en los ritos de primera sangre.

—Sí, eso —respondió Grølf, aceptando la ayuda que le estaban prestando—. Eso mismo solicito.

El Mariscal no sudaba ya: rezumaba veneno. Lanzó a Brel una mirada que podía haber detenido una carga. El escriba ni parpadeó.

—Mi rango me confiere el derecho a vetar vuestro bautismo en la orden. Para que acceda a celebrarlo tendréis que defender vuestro caso. ¿Estáis preparado para ello?

—Solo tendréis una oportunidad de hacer esto —susurró el escriba al suplicante—. No hay deshonor en volver cuando estéis más preparado.

—Lo estoy —respondió Grølf con firmeza—. Estoy preparado para defender mi derecho al bautismo.

El mariscal se envaró, dejando que el crujido del cuero bajo su armadura al levantarse sirviese como una amenaza.

—Grølf sin nombre —comenzó, con solemnidad—, ¿por qué creéis que estáis preparado para participar en el rito de primera sangre? En mi opinión no sois más que un suplicante más e intendencia es vuestro sitio. Más y mejores hermanos han caído en su bautismo.

—Conozco al enemigo, Mariscal Primado. No es la primera vez que cruzamos armas.

—Nuestros archivos no recogen tal hecho —respondió el escriba, alzando una ceja inquisitiva—. ¿Qué pruebas tenéis para respaldar tamaña afirmación?

—No tengo un segundo nombre, pero eso no siempre fue así. En otra vida me conocían como Grølf Barak-Dorun. Que Tempus y la marca de mi frente sirvan de testigos —tocó el deshonor grabado de su frente.

El Mariscal, que estaba colocándose su yelmo, se paró un momento para intercambiar miradas, tanto con el suplicante como con su escriba. El silencio se posó en la habitación, al contrario que las partículas de polvo, que seguían flotando en los haces de luz que se colaban en la habitación.

—Barak-Dorun —murmuró el escriba—, ¿no es esa—

—La primera fortaleza que cayó ante la avanzadilla de los orcos de la nación de Muchas-Flechas, —remató el Mariscal—. Lamento tu pérdida, pero la retribución ciega no es el camino de Tempus. Haremos justicia a su tiempo.

—No es mi retribución personal la que pretendo servir, Mariscal Primado, si no la de Tempus.

—Suplicante, la caída de vuestro Barak apenas acaeció hace siete noches —aseveró Brel—. Vos lleváis en la orden cuatro inviernos. ¿Cómo explicáis haber combatido antes con el enemigo?

—Porque nuestros caminos no se cruzaron en la noche aciaga en la que mi Barak fue asolado —respondió Grølf con firmeza—. Sucedió en el salón del trono de Hartusk, antes de que la historia le llamase caudillo.

—Imposible, suplicante —respondió Brel mientras ojeaba su diario—. Hartusk no fue caudillo hasta el fallecimiento de su predecesor, Obould XVII, hace un mes.

—Hermano secretario —respondió Grølf, con confianza reforzada—, me temo que eso no es cierto. Cuando aún conservaba mi oreja, Obould ya había sido destronado.

El Mariscal y su escriba intercambiaron una mirada breve, cargada de desconcierto.

—¿Cómo? —respondieron al unísono.

—Desconozco los detalles, mis señores. Pero sí puedo decir que hubo un cambio brusco en el tono de las misivas del reino de los orcos. —El enano se relajó y comenzó a gesticular—. Por aquel entonces mi deber con el clan era servir en la fragua, pero también tenía que cubrir algunos turnos de mi abuelo en las oficinas de correos de las embajadas—

—¿Esta historia va a llegar a algún sitio, suplicante? —interrumpió el Mariscal—, no tengo tiempo para oír anécdotas.

—Creo que es relevante, Mariscal Primado —intervino el escriba, garabateando notas con la pluma colgada a su cuello—. Continúad, suplicante.

—Gracias —dijo Grølf—. A donde quería llegar es que la nación de los Muchas-Flechas de Obould enviaba correspondencia sobre tratados de comercio y diplomacia mundana; de un día para otro, las cuestiones pasaron a ser disputas fronterizas y un choque frontal contra los términos del acuerdo de paz.

El escriba humedeció un dedo con saliva antes de pasar varias páginas de su pesado tomo, repasando párrafos relacionados y añadiendo correcciones aquí y allá con movimientos rápidos de la pluma que llevaba atada en un collar, junto al símbolo sagrado de Tempus.

—No es la primera noticia similar que tenemos al respecto, Mariscal —dijo—. Everlund tuvo conflictos diplomáticos por una frontera históricamente pacífica. —El escriba pasó página—. Sundabar también recibió emisarios orcos demandando tributos y la capital, Silverymoon, reportó tensiones inusuales.

Mientras el escriba descargaba la retahíla de historia, el Primado se había perdido en el su reflejo, ajustándose una maza puntiaguda en el cinturón de anillas bruñidas. Satisfecho con el resultado, abandonó el laberinto nacarado del espejo para unirse de nuevo a la conversación.

—Fantástica lección de historia, Brel. Pero no veo cómo está relacionada con el supuesto combate del suplicante. —Se pasó una mano por el pelo—. No me queda mucha paciencia, ni tiempo, Grølf. ¿Cómo decís que os enfrentasteis al caudillo?

Grølf vaciló. Había ensayado esta pregunta durante varias noches de vigilia, pero eso no lo hacía más fácil. Tragó saliva y carraspeó, como si con ello pudiera empujar las palabras fuera.

—Lideré a un grupo de enanos en una incursión no autorizada que se coló en el salón del trono de Hartusk. Nos hicimos pasar por diplomáticos que contestaban a sus demandas. Nuestra intención era retar al caudillo a un duelo justo al llegar a la sala del trono. Allí vimos quién era el nuevo caudillo. —El enano señaló a su oreja izquierda mutilada—. El resto deduzco que podéis imaginarlo.

El silencio se extendió de nuevo por la sala. Con sus pecados aireados, Grølf ahora se sentía más ligero, a pesar de que sabía que su juicio no había hecho más que empezar. El sudor cálido del entrenamiento aún le empapaba, pero era el frío de la confesión lo que le calaba hasta los huesos.

—Si eso que decís es verdad —gruñó el Mariscal—, sois un insensato. ¿Cuántos os acompañaban?, ¿cuántos volvieron?

—Cinco, contándome a mi, Mariscal Primado. Solo sobreviví yo.

—Razón de sobra para negar vuestro bautismo. —Una mueca de disgusto se dibujó en su semblante—. Tamaña muestra de incompe—

—Con el debido respeto, Mariscal —interrumpió Grølf, causando que el rostro del escriba se torciese—. No fui un buen líder, pero mis acciones estaban justificadas. Predije esta guerra; la invasión de las Marcas Plateadas. La guerra a la que os han invocado.

—Eso no excusa tu actuación, suplicante —respondió el Mariscal, enajenado—. No fuiste tú el que pagó el precio de tu osadía. Fueron ellos.

—No pienso igual, Mariscal Primado. Pagué mi precio con creces. Fui exiliado, perdí a mis padres, a mis ancestros, a mis amigos... y a la misma tierra que me dio nombre. —Grølf hizo una pausa para recomponerse—. Y lo pagué a pesar de que no fue mi culpa—

El Mariscal tardó apenas un suspiro en explotar.

—¿¡Cómo os atrevéis!?, ¿os presentáis en la corte de un caudillo, exigís un duelo justo, provocáis una masacre y os eximís de culpa?

Grølf, que hasta ahora estaba mirando al techo, hizo acopio de valor y devolvió la furibunda mirada de su superior.

—Los sacerdotes de la guerra de mi Barak, los que aconsejaron cautela a mi rey, son los mismos que lo hicieron hasta el final. Ellos causaron la muerte de mi clan. —Titubeó, pero no se detuvo—. Fui fiel a Tempus desde entonces. Les advertí que una batalla justa podía evitar la guerra. No me escucharon. ¿No es eso lo que enseña la orden?, “*Prevenir la guerra es...*

—...*hacerla antes que otros*” —terminaron las tres voces al unísono, recitando la letanía que tantas veces habían pronunciado.

El Mariscal asintió en silencio y comenzó a colocarse el yelmo, sus calmados movimientos contrastando con los manotazos del escriba, que garabateaba una página, añadiendo todos los detalles que acababa de destilar de la confesión del suplicante.

—Esta información encaja con nuestros registros —dijo el escriba, reordenando sus anotaciones en voz alta—. Nos consta la celebración de un funeral de estado en el Barak hace años. Deduzco, quizás, que alguno de los fallecidos era noble. También se registró—

—Es suficiente por ahora, Brel, tenemos otros asuntos que atender —interrumpió el Mariscal, ahora con su yelmo equipado, antes de dirigirse al suplicante—. Vuestra locura tuvo eco en la verdad. Y, aunque no apruebo lo que hicisteis, reconozco que visteis venir lo que nadie quiso ver. Sin embargo, es evidente que os falta experiencia; en el frente seríais un lastre, por lo que no puedo autorizar vuestro bautismo.

—Pero, Mariscal Primado, estoy más que prepar—

El Mariscal alzó un puño cerrado en una orden muda. El simple gesto sirvió para sofocar la respuesta de Grølf.

—No puedo concederte más tiempo, pero sí puedo darte una tarea para ti —concedió—. Brel, ¿hemos formado ya la escuadra para la Puerta de Baldur?

El escriba cerró el tomo y extrajo un rollo de papiro de entre sus ropajes.

—Veamos —musitó, mientras revisaba la minúscula letra del papiro—. Como pidió el Mariscal, se formó una escuadra de 3 suplicantes y un Martillo, todos ungidos y equipados. La escuadra se despachó a la pasada noche hacia Puerta de Baldur junto con raciones para dos semanas, un carro, dos mulas y un cofre de ofrendas.

—Excelente. ¡Grølf! —Los músculos del enano se tensaron al oír su nombre—. Uníos a ellos. Sé que no es la batalla que buscábais, pero para poder enviaros al frente necesito que hayáis trabajado con otra escuadra, mano a mano. Hacedlo y permitiré vuestro bautismo. Hasta entonces, me veo en la obligación de denegarlo.

El Mariscal hizo un ademán y se marchó de la sala, escoltado por los guardias que estaban apostados en la entrada. El tintinear de su armadura fue la única despedida que dejó tras de sí. Sin su presencia, la habitación pareció hacerse más grande. Brel guardó su papiro y cruzó las manos.

—Bien, suplicante —musitó el escriba, con ese brillo tan molesto en los ojos que solía anunciar tormenta—. Es mi deber el ponerlos al día sobre la misión. Pero antes, decidme: ¿qué sabéis sobre el derecho antiguo de combate judicial entre casas nobles?